

la causa de un Sforza que había despojado á Carlos de Orleans de la herencia milanesa. En cuanto á Carlos VII, no pensó para sí más que en una conquista, la de Génova, y dos veces se vió burlado por los genoveses. En ninguna época había aparecido más seria la dificultad de combatir la política maquiavélica de los Estados italianos. Carlos de Orleans, Renato de Anjou, el duque de Calabria y el rey de Francia se habían dejado engañar uno tras otro.

III.—Carlos VII y los proyectos de cruzada (1)

El Imperio turco, momentáneamente destruído por la invasión mogola, estaba ya reconstituido en el momento en que fué proclamado rey Carlos VII, y desde 1422, Amurates II (1421-1451) amenazaba Constantinopla. Los progresos de los turcos excitaban la emoción de las almas piadosas y llenaron de un terror apocalíptico las visiones de los místicos; no obstante lo cual los húngaros y los eslavos fueron casi los únicos que se armaron para un esfuerzo común, pues las señorías italianas y los reyes de Occidente, ocupados por completo en desarrollar su poderío económico y político, no intentaron siquiera conjurar aquel peligro remoto.

Carlos VII negó obstinadamente su concurso; que aunque, como hemos visto, se interesaba por las relaciones comerciales de sus súbditos con el Levante, no quería desproveerse de su caballería ni de su oro. En cambio, el duque de Borgoña sintió, durante todo su reinado, comeción por actuar de jefe de la cristiandad y desde muy joven pensó en tomar la dirección de la cruzada contra los hussitas (2), se presentó muy pronto como protector de la Tierra Santa, dió considerables sumas á las comunidades cristianas de Jerusalén, tuvo en la iglesia de Nuestra Señora de Sión una capilla particular adornada con una vidriera en que se ostentaban sus armas, fundó en Ramleh una hospedería para los peregrinos y mandó reparar la iglesia de Bethleem y las murallas de Rodas. Soñaba á la vez en conquistar el Santo Sepulcro al soldán de Egipto y en defender Constantinopla contra los turcos, y envió en 1421 á Gilberto de Lannoy á Siria para recoger informes estratégicos y en 1433, con el mismo objeto, á su trinchante Bertrandón de la Brodequiere. En 1443 mandó una escuadra á Oriente, y si bien sus caballeros lograron libertar á Rodas, sitiada por un emir egipcio, en cambio fracasaron sus campañas contra los turcos.

A fines de 1451, Mahometo II (1451-1481) comenzó á hacer grandes preparativos para atacar á Constanti-

(1) FUENTES.—N. Jorga, *Notes et extraits pour servir à l'histoire des Croisades au XV^e siècle*, en curso de publicación en la «Revue de l'Orient latin.» Además de las crónicas borgoñonas ya citadas, *Chronique de Wavrin*, edición Hardy, tomos IV y V, 1884-1891. Juan Germain, *Liber de virtutibus Philippí Burgundie ducis*, en Kervyn de Lettenhove, «Collection de Chroniques,» tomo III; *Discours du voyage d'Oulremer*, publicado con una introducción histórica por Schefer, «Revue de l'Orient latin,» 1895.

OBRAS DE CONSULTA.—Pastor, *Histoire des Papes*, traducción Furcy-Raynaud, tomos II y III, 1888 y 1892. Kayser, *Papst Nicolaus V und das Vordringen der Türken*, «Historisches Jahrbuch,» tomo VI, 1885. J. Finot, *Projet d'expédition contre les Turcs préparé par les conseillers de Philippe le Bon*, 1890. H. Vast, *Le cardinal Bessarion*, 1878.

(2) Proyecto publicado por Kervyn de Lettenhove en su edición de Chastellain, tomo II, pág. 213.

nopla. Felipe el Bueno propuso en vano al rey de Francia organizar una expedición de socorro cuyos gastos costearían ambos; pero á su vez necesitó todas sus fuerzas para reprimir la rebelión de Gante. En 29 de mayo de 1453, dos meses antes de la derrota final de los ganeses, Constantinopla cayó en poder de los turcos.

Era aquello el fin del imperio cristiano de Oriente. Tan gran acontecimiento, cuyas consecuencias desastrosas se desarrollan todavía ante nuestros ojos, causó profunda sensación: la suerte de los griegos excitó la piedad popular (3), pero los príncipes permanecieron mudos. Eneas Silvio, el futuro Pío II, secretario entonces de Nicolás V, en una carta escrita un año después, describía exactamente la situación en los siguientes términos:

«Preferiría que mi opinión fuese muy equivocada: no creo en la unión que deseo. La cristiandad no tiene cabeza: ni el papa ni el emperador obtienen el respeto y la obediencia que les son debidos; se les trata como ficciones, como figuras decorativas. ¿Cómo persuadir á los innumerables jefes cristianos á que tomen las armas? Contemplad el aspecto que ofrece la cristiandad. ¿Decís que Italia está pacificada? No sé hasta qué punto. Existen todavía restos de guerra entre el rey de Aragón y los genoveses. Y no son éstos los que irían á combatir contra los turcos: ¡si hasta se dice que les pagan tributo! Los venecianos han firmado con los turcos un tratado. No pudiendo contar con los italianos, nada hemos de esperar de una guerra marítima. En España, como sabéis, hay muchos reyes que no tienen ni el mismo poder, ni la misma política, ni la misma voluntad, ni las mismas ideas, y no son estos príncipes que habitan en el extremo Occidente gentes á quienes se pueda arrastrar á Oriente, sobre todo cuando tanto que hacer les dan los moros de Granada. El rey de Francia ha expulsado de todo su reino al enemigo, pero continúa alarmado y no se atreverá á enviar su caballería fuera de sus dominios, por temor á un repentino regreso de los ingleses. En cuanto á éstos, sólo piensan en vengar su expulsión de Francia. Los escoceses, los daneses, los suecos y los noruegos que residen en el extremo del mundo, nada buscan fuera de sus países. Los alemanes, muy divididos, no tienen nada que los una.»

Nicolás V, Calixto III y Pío II, que entonces se sucedieron en el solio pontificio, sostuvieron con energía, pero sin resultado, la causa de la «guerra santa.» «Sólo el príncipe Felipe me parece digno de elogios,» decía Eneas Silvio en su carta de 1454.

El famoso banquete del Voto del faisán que dió el duque de Borgoña en 17 de febrero de 1454 (4) fué la señal de un nuevo y sincero esfuerzo para organizar una campaña contra los turcos; pero la mala voluntad del rey de Francia y las complicaciones de la política borgoñona fueron otros tantos obstáculos opuestos á aquel hermoso arranque. Carlos VII declaró que los proyectos de su primo eran muy laudables, pero que los ingleses se mantenían aún en actitud amenazadora y que una

(3) La municipalidad de Compiègne dió dinero para el rescate de los cautivos («Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 5.^a serie, tomo IV, pág. 498). La de Abbeville hizo un regalo á «Monsieur Manuel de Constantinople» (Prarond, *Abbeville au temps de Charles VII*, pág. 113).

(4) Véase anteriormente, pág. 696.

cruzada se llevaría de Francia inoportunamente á muchos caballeros, y con gran escándalo de la Santa Sede prohibió que las bulas de la cruzada se publicaran en su reino. Por fin consintió en que se recaudaran subsidios pontificios, pero el dinero recogido se empleó en la construcción de galeras y la flota sirvió para la persecución de los ingleses y la conquista de Nápoles. Felipe el Bueno habría llevado adelante su proyecto á pesar del descontento del rey de Francia; pero hízole desistir de ello una guerra contra los habitantes de la diócesis de Utrecht. Apenas terminadas las hostilidades, el delfín, rebelado contra su padre, llegó á los Países Bajos; desde entonces y hasta fines del reinado fueron continuas, como hemos visto, las amenazas de ruptura entre Francia y Borgoña. Cuando en 1459 el papa Pío II convocó en Mantua á todos los príncipes cristianos para organizar al fin la cruzada, el duque de Borgoña no se mostró más solícito que los demás.

La historia de los esfuerzos estériles que se intentaron cerca del rey de Francia para arrastrarle á Oriente es muy significativa. La acogida que Carlos VII dispensó á los proyectos de cruzada indica claramente el carácter puramente laico y utilitario de la política real al final de la guerra de Cien Años; y, por último, lo muy solicitado que fué este príncipe por parte de los promotores de la guerra santa nos demuestra cuánta era su fama en Europa. Retóricos procedentes de Grecia, predicadores alemanes, diplomáticos italianos, todos á una convenían en que Carlos VII era el primero de los príncipes cristianos, y en Oriente nada igualaba el prestigio de Francia, mantenido por el recuerdo de las cruzadas y avivado por el renacimiento del gran comercio marítimo. Poco tiempo antes de su muerte recibió Carlos VII en Bourges á varios enviados del emperador de Trebisonda, del rey de Persia, del príncipe de Georgia, del rey de Armenia y del rey de Abisinia: estos personajes, reunidos en Oriente por un franciscano de carácter emprendedor é intrigante, Ludovico de Bolonia, que se había hecho el apóstol de una liga general contra los turcos, visitaron también al papa y al duque de Borgoña, pero querían sobre todo para combatir á Mahometo el apoyo moral y la bandera del rey de Francia, á quien llamaban «rey de reyes.» «Toda la cristiandad, decía el autor del *Débat des hérauts d'armes*, hace honor á Francia y ponen á Francia como primera nación.»

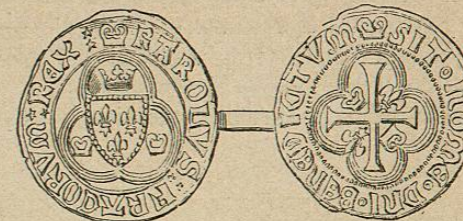
IV.—Ojeada sobre el reinado de Carlos VII

Cuando murió Carlos VII en 1461, Francia, libre de los ingleses, había reconquistado su puesto en el mundo. Cuarenta años antes, en los comienzos de aquel largo reinado, los ingleses eran dueños de la mitad del reino, tenían un ejército excelente y una buena hacienda, contaban con la alianza del poderoso duque de Borgoña y estaban dirigidos por un grande hombre de Estado, el duque de Bedford. Su adversario en cambio carecía de ejército y de dinero; era el pobre é insignificante «rey de Bourges,» joven inerte y silencioso, que vivía modestamente, «oculto en sus aposentillos» entre su suegra, su esposa y algunos bribones que explotaban su desidia. Algunos honrados servidores de su padre habían reconstituido en Poitiers y en Bourges una apariencia de administración monárquica, pero

eran incapaces por sí solos de hacer cesar un desorden espantoso.

Los franceses, abandonados por su rey á la miseria y á la desesperación, se defendieron solos é hicieron la guerra de guerrillas para matar ingleses, para recobrar el dinero y el pan que los invasores les arrebataran, pero también para devolver al heredero legítimo su herencia. Por muy poco digno que fuera entonces Carlos VII del amor de su pueblo, es lo cierto que fué amado, porque el rey en la Edad media era la justicia, el orden y el derecho; los Estados generales desangraron la Francia para dar cada año un «subsidio» al rey, sin exigir nada en cambio y sin reclamar siquiera cuenta de los gastos; y la joven aldeana Juana de Arco se sacrificó hasta la muerte por «el gentil delfín.»

Juana de Arco no terminó su «misión,» pues en el momento en que fué hecha prisionera los ingleses con-



Moneda de Carlos VII, acuñada en Borgoña

servaban todavía la Normandía y la Isla de Francia, sin contar sus antiquísimas posesiones de Guiena.

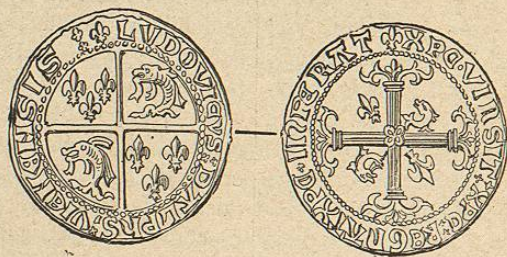
Carlos VII estaba mal rodeado y era mal obedecido, y Carlos de Anjou y Richemont prestaron un gran servicio á Francia expulsando brutalmente de la corte á La Tremoille, que era el genio malo del rey (1433). Otro hecho aún más decisivo fué el de que el enemigo se debilitara; en efecto, en 1435 los ingleses perdieron la alianza del duque de Borgoña y la muerte les arrebató al duque de Bedford, que era, si no su único gran capitán, por lo menos el solo jefe capaz de retardar para Inglaterra el vencimiento de una guerra civil inevitable. La reconquista de París (1436), el establecimiento de subsidios permanentes (1436) y del pecho permanente (á partir de 1440), la Pragmática de Bourges (1438), y por último la ordenanza de 1439, con la que se quiso, aunque en vano, restablecer la disciplina militar y reservar al rey los impuestos públicos, son los principales actos realizados por Carlos VII en el período que media entre la paz de Arrás y la tregua de 1444. Aquellos nueve años son para los franceses años de atroz miseria: la obra de la expulsión de los ingleses no se realizó sino con lentitud desesperante; de un extremo á otro de Francia, decir gentes de armas equivalía á decir «desolladores;» y el delfín mismo dirigió la rebelión de la Pragerie, que el rey sofocó rápidamente, pero no supo castigar (1440).

La tregua, que duró desde 1444 hasta 1449, fué un momento decisivo, y nos ofrece una de las contradicciones de nuestra historia: Carlos VII, tan viejo á los veinte años, se vuelve casi joven á los cuarenta; entonces sacude su desidia, toma como su mejor amigo al valiente Pedro de Brezé, y los consejeros que en su nombre reinan reanudan todas las tradiciones del gobierno de Carlos V. Después de haber ocupado durante algunos meses á los terribles desolladores en Lorena y

en Suiza, haciéndoles tomar parte en campañas que favorecen los intereses de sus aliados y los suyos propios, encuentra el rey, cuando aquéllos regresan, el medio de dispersar definitivamente á las pandillas de tropas ligeras, estableciendo un ejército regular y pagado (1445). Renace el orden en Francia y con él renacen los trabajos de la paz: los labradores vuelven á cultivar los terrenos yermos; ábrense de nuevo los talleres, y los comerciantes, á quienes Jacobo Coeur ha dado un ejemplo precoz de osadía, pueden emprender nuevamente sus lejanos viajes. Las letras y las artes, que las miserias de la guerra no han podido ahogar por completo, acaban de demostrar con su renacimiento la vitalidad de Francia, é importantes ordenanzas reorganizan la justicia real y fundan una administración financiera despótica, pero exacta y cuidadosa del bien público. En 1449, mientras amenaza estallar en Inglaterra la guerra civil, el rey de Francia empuña otra vez las armas y conquista Normandía (1449-1450) y Guiena (1451 y 1453). Sin dejar de mantener la Pragmática galicana con la que avasalla al clero nacional, preséntase como protector de la Iglesia y consigue extinguir el

nuevo cisma (1449): en 1455 se apodera sin dificultad de los dominios del conde de Armagnac; en 1456, á pesar de su negativa á socorrer al Oriente cristiano contra los turcos, la Santa Sede le concede la rehabilitación de Juana de Arco; y en 1458 se apodera de Génova y hace condenar por sus pares á un traidor de elevada alcurnia, el duque de Alençon.

Sin embargo, al lado del rey y proyectando su sombra sobre el trono, había crecido la dinastía de Borgoña; pero Carlos VII logró destruir la influencia de Felipe el Bueno en Alemania y salvar la Lorena de sus ataques, disputándole además el Luxemburgo y haciendo abortar sus proyectos de cruzada. Ante la perpetua amenaza de un conflicto armado con el rey, Felipe tiene que renunciar al orgullo de presentarse en Oriente como jefe de los cristianos para libertar Constantinopla y Tierra Santa; pero cree tener el desquite en sus manos, pues ha acogido al hijo rebelde de Carlos VII, le alberga á él, á su esposa y á sus amigos, y espera que por él volverá Francia á ser borgoñona. Luis XI, sin embargo, se encargará de demostrarle lo que valen las promesas del delfín.



Moneda de Luis, primogénito de Francia

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

LUIS VII.—FELIPE AUGUSTO.—LUIS VIII (1137-1226)

| | Páginas | Páginas |
|---|---------|---------|
| LIBRO PRIMERO | | |
| LUIS VII | | |
| CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Los comienzos de Luis VII.</i> — | | |
| I.—Los conflictos con la Iglesia y la guerra de Champaña. | 1 | |
| II.—La segunda cruzada. | 6 | |
| III.—Suger y la Regencia. | 10 | |
| CAPÍTULO II.— <i>La primera lucha de Capetos y Plantagenets.</i> —I.—El divorcio de Luis VII y de Alienor. Formación del imperio angevino. Las primeras conquistas de Enrique II. | 14 | |
| II.—Luis VII y Federico Barbarroja. El incidente de Saint-Jean-de-Losne. | 18 | |
| III.—El papa Alejandro III en Francia. Enrique Plantagenet. | 21 | |
| IV.—La cuestión de Tomás Becket. | 24 | |
| V.—Luis VII y la extensión del poder moral de la realeza. | 26 | |
| VI.—La guerra de 1173 y los últimos años de Luis VII. | 31 | |
| VII.—El gobierno de Luis VII. | 35 | |
| LIBRO SEGUNDO | | |
| FELIPE AUGUSTO Y LUIS VIII | | |
| CAPÍTULO PRIMERO.— <i>La rota del alto feudalismo. — La guerra contra Enrique II y Ricardo Corazón de León.</i> —I.—La coalición feudal de 1181. Sumisión de Champaña, Flandes y Borgoña. | 38 | |
| II.—Preliminares de la lucha contra Enrique II. Alianza con Ricardo Corazón de León. | 41 | |
| III.—Rota y muerte de Enrique II. | 45 | |
| IV.—Felipe Augusto y la tercera cruzada. | 48 | |
| V.—El cautiverio de Ricardo. La guerra de 1194-1199. | 52 | |
| CAPÍTULO II.— <i>La conquista.</i> —I.—La sucesión de Ricardo Corazón de León. Arturo y Juan Sin Tierra. Tratado de Goulet. | 59 | |
| II.—Preparativos de la conquista. Asesinato de Arturo. | 61 | |
| III.—La toma de Chateau-Gaillard y de la Normandía. La anexión de los países aquitanos. | 64 | |
| CAPÍTULO III.— <i>Felipe Augusto é Inocencio III.</i> —I.—Ingeburga de Dinamarca y la cuestión del divorcio. | 68 | |
| II.—El rey de Francia y el papa en Alemania. | 71 | |
| III.—El proyecto de desembarcar en Inglaterra y la victoria de Inocencio III. | 74 | |
| CAPÍTULO IV.— <i>Bouvines.</i> —I.—La coalición de 1213. Renato de Dammartín y Fernando de Portugal. | 77 | |
| II.—La guerra de Flandes. La Roche-au-Moine. | 81 | |
| III.—Batalla de Bouvines. | 85 | |
| IV.—Consecuencias de la victoria. | 91 | |
| TOMO II | | |
| CAPÍTULO V.— <i>El gobierno de Felipe Augusto.</i> —I.—Las adquisiciones territoriales. Felipe Augusto y el feudalismo. | 94 | |
| II.—El rey y el clero. | 97 | |
| III.—El rey y los aldeanos. | 100 | |
| IV.—Las ciudades dominadas. Privilegios otorgados por Felipe Augusto á comerciantes y artesanos. | 102 | |
| V.—Felipe Augusto y los municipios. | 104 | |
| VI.—La administración real. Los baillíos. | 106 | |
| VII.—El tesoro. | 108 | |
| VIII.—El ejército. | 112 | |
| CAPÍTULO VI.— <i>El fin del reinado.</i> —I.—Expedición del príncipe Luis á Inglaterra. | 115 | |
| II.—Los preliminares de la cruzada contra los albigenses. | 118 | |
| III.—La guerra santa. Simón de Montfort y la conquista del Langüedoc. | 122 | |
| IV.—Los Capetos en el Langüedoc. Muerte de Felipe Augusto. El hombre y el rey. | 126 | |
| V.—El reinado de Luis VIII. | 130 | |
| LIBRO TERCERO | | |
| LA SOCIEDAD FRANCESA | | |
| (FINES DEL SIGLO XII Y COMIENZOS DEL XIII) | | |
| CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Estado general de la sociedad.</i> — | | |
| I.—Las miserias sociales. El bandolerismo. | 137 | |
| II.—Supersticiones y prodigios. El culto de las reliquias. La cruzada de los niños. | 140 | |
| III.—Síntomas de un nuevo espíritu. Los ataques contra la fe y contra la Iglesia. | 144 | |
| CAPÍTULO II.— <i>La Iglesia secular.</i> —I.—El episcopado. Las catedrales. | 146 | |
| II.—El clero utilitario y el clero humanista. | 150 | |
| III.—La escuela de París. Profesores y estudiantes. | 152 | |
| IV.—El Papado y el movimiento universitario. Los comienzos de la Universidad de París. | 154 | |
| CAPÍTULO III.— <i>La Iglesia monástica.</i> —I.—La decadencia de las órdenes religiosas. | 158 | |
| II.—Santo Domingo y los frailes predicadores. | 160 | |
| III.—San Francisco de Asís y las primeras misiones franciscanas en Francia. | 162 | |
| IV.—La difusión de las órdenes mendicantes. | 164 | |
| CAPÍTULO IV.— <i>La nobleza.</i> —I.—Barones y castellanos. Los torneos. Los presupuestos señoriales. | 166 | |
| II.—La literatura guerrera. El feudalismo según las canciones de gesta. | 168 | |
| III.—La cortesía. La nobleza y la literatura cortesana. | 171 | |
| IV.—Los nobles franceses en Oriente. La cruzada de Constantinopla y la fundación del imperio latino. | 173 | |
| | | 97 |